

# LA MEMORIA IRRECONCILIABLE DE LOS JUSTOS

## La Universidad Nacional en la década de los 60

R. H. Moreno Durán\*

“La nostalgia ya no es lo que era”: Simone Signoret, judía alemana afincada y consagrada en Francia, expresa en el título de sus memorias el justificado temor de que ya ni siquiera la poesía de los tiempos idos nos pertenece. Daniel Cohn-Bendit, judío alemán afincado y mitificado en Francia, demuestra con su participación en las jornadas de Mayo del 68 que ya ni siquiera hay lugar para la nostalgia: la última forma de utopía posible se había liquidado durante las agitadas horas que precipitaron la Noche de las Barricadas. Pero eso no ocurrió sólo en Nanterre ni en el Barrio Latino: la sublevación contra la letal solemnidad de los sistemas, contra las Formas y el Establecimiento, fue una veloz consigna que también adquirió fuerza en Berlín Oeste y Río de Janeiro, en Zurich y Buenos Aires, en Berkeley y México, en Milán y Bogotá. En Bogotá, las instalaciones de la Universidad Nacional fueron tomadas por el Comité de Acción Cabeza de Turco, convertidas en comunas donde la euforia y el temor se mezclaban, declarados todos los claustros en Asamblea Permanente y en foros en los que los estudiantes ventilaban sus reivindicaciones. La frase “Vive la cité universitaire” se transmutó, en las paredes de Nanterre, en

“Vive la cité unie-vers-cithère” y la mayor parte de los estudiantes fueron por primera vez fieles a un lema que ya los goliardos, en los orígenes mismos de la vida universitaria, habían consagrado con su ejemplo transgresor y vital: “Las reservas impuestas al placer excitan el placer de vivir sin reservas...”

### La década prodigiosa

Todo comenzó con la temprana orfandad que provocó la muerte de dos personajes, apenas unidos por los extremos que van de la reflexión a la frivolidad, y que pronto habrían de entronizarse como mitos, todavía vigentes: la absurda muerte del escritor Albert Camus y la desaparición de Marilyn Monroe. Eran otros tiempos y otras, también, las circunstancias. En aquella época, ser joven era algo que estaba reñido con el falso pudor y la vergüenza ajena: ser joven era una forma de militar contra la intolerancia y la hipocresía del medio, y la Historia misma se encargó de consagrar esa alegre insurgencia poco después. Cuantos por esa época cumplimos veinte años intentábamos justificar nuestra impericia o nuestra rebeldía en una actitud de corriente y unánime recibo, por lo general en libros y películas por aquel entonces en boga y que se habían convertido en referencia obligada en tertulias y mentideros: la Uni-

\* Abogado, novelista y crítico literario.

versidad, El Cisne o La Romana. Creíamos en la supercheria oficial de la Autonomía Universitaria y muchos de nosotros teníamos la casi inverosímil fortuna de no habernos tropezado con un solo policía en la vida. Por eso, cuando los textos de Sartre y Merleau-Ponty, de Camus y Nizan comenzaron a trazar la estrategia de la duda en nuestras mentes, algo inesperado se gestaba en la ancha geografía de la juventud insurgente. Siempre me conmovió la frase con la que Nizan abre **Aden Arabie**: “Yo tenía veinte años. No permitiré que nadie diga que es la edad más hermosa de la vida”. De alguna forma, esa frase ponía de presente una impostura con cuyas falsas promesas nos regodeábamos: vivíamos una edad dorada, le dábamos la espalda a lo convencional e incluso, como Boris Vian —otro de nuestros jóvenes ídolos—, nos atrevíamos a escupir sobre las tumbas de quienes, al reprocharnos nuestra indolente actitud, querían cercenar nuestra fe en la utopía: teníamos la sospecha de que si nosotros éramos el futuro, como decían los mayores, era contra nuestra voluntad: ¿qué futuro puede haber en una farsa?

Por la misma época del descubrimiento de Nizan, una obra que para nuestra generación resultó determinante —**Los Justos**, de Camus— volvió a ponernos sobre aviso: Iván Kaliayev, el terrorista ético, se lamentaba: “No he tenido tiempo de ser joven”, y optaba por el cadalso antes que tener que abjurar de sus actos. La frase de Kaliayev, como la de Nizan e incluso otra, extraída de la soporífera novela **Bonjour tristesse**: “No le concedo la menor importancia al hecho de ser joven”—, iba a servir de comentario a la vasta jornada contestataria que precipitaría lo que hoy todo el mundo conoce como Mayo del 68. Nosotros, quienes por esos años frecuentábamos las aulas de Derecho y Sociología, de Ingeniería y Medicina, de Antropología y hasta Trabajo Social, vivíamos sin saberlo la doble versión de un hecho consumado: abusábamos del extraño privilegio de ser jóvenes a sabiendas de la inutilidad de nuestros empeños, dejándonos llevar por el suave vicio del entusiasmo sin objetivo preciso y, al mismo tiempo, proclamábamos la rabiosa insolencia contra todo lo que odiábamos. De alguna forma, Sartre lo había previsto, años antes de que Nanterre y la Sorbona pero también Frankfurt y Berkeley

le dieran un sentido universal a la revuelta: **‘Hemos traicionado tantas veces nuestra juventud que no mencionarla es una decencia mínima’**.”

Hoy, la única decencia posible es, al menos en lo que a mí respecta, evocar esos años en los que mi vida habría de transformarse más allá de mis modestas previsiones, sumiéndome en una euforia perseverante y a menudo suicida. Tenía de donde elegir, pues nunca como entonces la Historia fue tan generosa en crímenes y vejaciones: vivimos día a día y desde el comienzo la guerra del Vietnam y la obscena prepotencia de Kennedy, Johnson y Nixon. Santo Domingo fue invadido por los marines y una mañana todos desfilábamos frente al consulado de la isla, a escasas manzanas del campus de la Universidad Nacional, para apoyar la resistencia sin futuro del coronel Caamaño. Escuchamos a Camilo Torres en los balcones de la cafetería central y meses después llorábamos su muerte. No creíamos la versión última sobre el sacrificio imponderable del Che Guevara, capturado, torturado y asesinado en Bolivia, y poco a poco se nos acababan las razones de nuestro entusiasmo y la fe en una juventud que dilapidábamos sin darnos cuenta apenas de que la vida nos iba dejando atrás, golpeados y maltrechos por el sentido de la realidad. El sentido del placer, en cambio, no nos abandonó nunca y también aquí la facultad de Ciencias Políticas de París volvió a subrayar lo que sospechábamos y anhelábamos al decretar “el estado de dicha permanente”.

Nunca un tiempo fue tan generoso en logros y estímulos como esos infinitos años de la década prodigiosa: comenzamos atrapados por la amable insurgencia que se desprendía de la música de los Beatles o de las baladas de Joan Baez y Bob Dylan, aunque también había lugar para los Flippers, el Club del Clan y otras debilidades domésticas. La Historia estaba al fondo de todo pero también las sorpresas de la madurez se sucedían con fascinante frecuencia. Las razones que tengo para evocar un filme como **El graduado** no radican sólo en la belleza sin igual de Katherine Ross —la belleza emblemática y morena de mi generación y mi vida— ni en la banda sonora de Simon y Garfunkel, sino en la misma anécdota: lo que le ocurre al protagonista con su suegra, la perturbadora Anne Bankroft, fue lo mismo

que me ocurrió a mí con la imaginativa mamá de una de mis novias. En esa época las novias comenzaban a dejar de ser castas pero todavía algunas madres se empeñaban en **sacrificarse** para salvar así la virtud de sus hijas, facilitándonos a la vez la experiencia y el camino. Ya se ha dicho que nuestra generación fue tal vez la primera en cambiar los términos de la iniciación sexual: los lenocinios y casas de mala nota eran asunto de los agentes viajeros, los políticos y de uno que otro tío pervertido. La mayor parte de mis coetáneos tuvo la fortuna —o en muchos casos la decepcionante derrota— de hacer el amor por primera vez con su novia de turno, y aquí no puedo olvidar que, precisamente, fue en mayo del 68 cuando Rodolfo el Intrépido conquistó la virginidad de la hegeliana, y que ese año fue también testigo de dos hechos que buscaban coartar el goce generalizado: por un lado, las medidas de obligada castidad impuestas por la Ley Cecilia, inspiradas en la filosofía de la mujer del presidente Carlos Lleras Restrepo, empeñada en regular la paternidad de todo el mundo, y por otro lado, la promulgación de la encíclica **Humanae Vitae**, inspirada en la **Casti Connubi**, y que en términos más bien duros condenaba la píldora anticonceptiva, la liberación sexual y la deportiva concupiscencia a la que se dedicaba la gente joven.

La cara limpia de coloretos y afeites, la cola de caballo o la cabellera suelta, el olor a lavanda y los **foulards** magenta se convirtieron casi en un afrodisíaco colectivo, aunque la minifalda, que entonces hacía furor gracias a la imaginación de Mary Quant, facilitaba los avances de nuestras tímidas pero al final impúdicas e insaciables manos. La penumbra del cine Coliseo, donde todos descubrimos las películas de Jean-Luc Godard o Federico Fellini, facilitaba esa curiosa alianza de asedio sexual y conquista cerebral: las muchachas de entonces eran felices al abrir en sucesivo orden el corazón y sus intimidades más gratas sólo a quienes tenían la osadía de husmear primero en el orbe impredecible de lo que llamaban cerebro. Tal vez sin saberlo, ellas promovían la realización del imperativo que figuraba en el **graffiti** parisino y que pedía “**desabotonarse el cerebro tantas veces como la bragueta**”. Cuántas películas de Ingmar Bergman abonaron el camino de la seducción: Bergman era tan arrebatadora-

mente hermético y oscuro que nuestras novias no podían menos que hacerse cruces ante nuestras contundentes interpretaciones. Y si uno era capaz de extraer luz de semejantes galimatías escandinavos, híbrido de mística y psicoanálisis, todo era posible, y nuestras novias nos premiaban como la libido y el tiempo lo exigían.

Yo estudié Derecho y por eso tuve que buscar novia en Ciencias Humanas. En la cafetería de mi facultad circulaban muchachos de veinte años con corbatín, sombrero y paraguas, incorruptiblemente vestidos de negro, y a su lado desfilaban unas señoritas de tacón alto, **rouge** patético en los labios, unas faldas que invitaban al pudor o la desbandada general y que no cesaban de gorjear incisos y jurisprudencias. Vestían así desde su primera comunión y estaban por entero negadas al flirteo y a la camaradería galante y algunas incluso ya estaban casadas, nadie sabía merced a qué artes, aunque cundía la sospecha de que no hacían el amor ni siquiera por equivocación. Había Sociedad Jurídica y eso era como un sanedrín aséptico en el que la única sangre que circulaba era la que chorreaba de los expedientes, que pasaban de mano en mano y que saturaban de morbo el solemne recinto de sus aquelarres. También había concursos de oratoria y mesas redondas sobre el Deber Ser y la Cosa en Sí, sobre la Ley Cecilia y sobre la técnica del estupro. Por eso, entre clase y clase, el interfecto se escapaba a la vecina facultad de Sociología donde el panorama cambiaba por completo: a cambio de la sobriedad y el ascetismo propio de los alevines de magistrados, abundaba una cálida molicie de tipos con muchos pelos en la cara que hablaban de Levi-Strauss y sus **tristes trópicos**, analizaban las condiciones objetivas, la superestructura ideológica y la acumulación originaria del capital y, sobre todo, se reverenciaba la imagen del presidente Mao. Las muchachas hacían casi reventar las costuras de sus pantalones, de forma tanto o más perturbadora que la osadía con que ahorraban minifalda, y hacían gala de una franqueza tal con los intrusos que uno recibía el abordaje de las precoces pensatrices como si fuera un directo a la mandíbula. Herbert Marcuse aparecía siempre en sus citas pero también se hablaba de Max Weber y Rosa Luxemburgo, de Nikos Poulantzas y Michel Foucault. La bibliografía que

tan canoramente irradiaban era para el neófito algo de inminente resolución. Por eso, para estar a la altura de tan pintoresca cátedra, decidí enamorarme de una de las muchachas de más alto **pedigree** mental, bella y del género epistemológico, aunque ella juró no aceptarme si antes no le explicaba a fondo la dialéctica de lo concreto. También me hizo devorar los **Grundrisse** y luego me obligó a hacerle un resumen. En una ocasión fuimos a ver **La hora del lobo**, del ya mencionado Bergman, y al no poder darle yo una explicación convincente sobre la referencia más bien críptica que en la película se hace de la **Flauta Mágica** no volvió a hablarme durante quince días, hasta que por fin logré explicarle las fases de la iniciación esotérica en las que me hizo especialista el padre Vaccaro, un italiano que, a pesar de nuestra creciente acracia, se empeñaba en enseñarnos una cosa llamada **Doctrina Social**. Tal vez ahí radique el secreto que explique la banda sonora y el clima iniciático que preside la anécdota de mi novela **Finale capriccioso con Madona**. Cuando aprobé el curso con mi novia **et magistra** debo confesar, en honor a la verdad, que comprobé lo que ya sospechaba: que el sexo es el único bálsamo contra los infortunios de la inteligencia. Por esa época vino el primer Papa a Colombia y mi amiga, quien, como el personaje de Shakespeare, tal vez me amó por los peligros que había corrido, adoptó durante la refriega pasional la inexplicable costumbre de llamarme **Su Santidad**. Y **Su Santidad** hacía las cosas lo mejor que podía y la muchacha le enseñó auténticas maravillas, de poco o nulo uso en experiencias posteriores con damas presuntamente más diestras e imaginativas. Desde entonces supe que el instinto no es democrático.

Eran novias bastante duras y a veces intolerantes y cerradas a la banda pero nadie mejor que ellas para lucir sus encantos, beber trago hasta pasado mañana y fastidiarle la fiesta a cualquiera. Durante mucho tiempo me acusaron de misógino y yo, la verdad sea dicha, no sabía qué querían decirme con eso. Y fue en la facultad de Derecho donde —increíblemente— escuché por primera vez esa palabra. Buscaba a un amigo, no lo encontré y me senté a la mesa de las Tres Marías, unas muchachas incorruptibles y solemnes, muy feas las de los lados y bastante potable la del centro, y fue ésta, precisamente, la que una vez sentado

me dijo: “**¿Qué quieres de nosotras, misógino?**” Obviamente, yo quedé fulminado por la palabreja y cuando al fin me repuse y le pregunté qué quería decirme, me espetó con una precisión semántica que aún hoy me aterra: “**Misógino es el tipo que nunca habla con mujeres sobre las películas de Fellini**”. Aturdido, después de escuchar semejante cosa me levanté, me vestí y me fui.

El principio del placer se impuso, pues, y a ello contribuyeron afinidades y afectos con espontáneas o una que otra de esas que se suelen hacer las despistadas. Compañeras remisas, novias seducidas y abandonadas por sus efímeros consortes, esposas desengañadas o vengativas, todas ellas conformaron un suave mosaico que, como si se tratara de ilustrar las leyes más antiguas de la especie, aliviaron los pesares de nuestra generación y le insuflaron a nuestro ánimo ese optimismo que luego, al clasificarlas científicamente, hallaron su amoroso espacio en las **Meninas**, **Mandarinas** y **Matriarcas** de las tres novelas de **Femina Suite**, ciclo que comencé a escribir precisamente en el 69. Estas muchachas fueron tanto o más contestatarias de lo que la época exigía e incluso una se le comió la lengua a su novio, hecho que conmovió a toda la comunidad universitaria. Cuando las facultades eran tomadas por los estudiantes, ellas proveían con todo lo que sabían y podían y la revuelta, por lo menos en su lado logístico o doméstico, salía airosa. Sin su libertad e independencia, sin su espíritu franco y abierto no habrían sido posible mis **Meninas**, esas jóvenes tan rotundas en sus ofertas como implacables a la hora del ajuste de cuentas: inteligentes y ambiciosas, lascivas como bacantes frenéticas, ellas fueron la mejor comprobación de que el Espíritu de Mayo había florecido en forma de mujer. Sin **Meninas** no habría escrito nunca **Juego de damas**: en cuanto a las **Mandarinas**, sólo era cuestión de saber verlas crecer con calma: en mayo del 68 alguien escribió en una pared de la Sorbona: “**La ortografía es una mandarina**”. Para mí, una **Mandarina**, por encima de razones cítricas o sintácticas, es una cuestión de lento y refinado estilo. Pero los días de tanta belleza apoyada en el mito de la autonomía e inviolabilidad universitaria, estaban contados.

### Las razones de la retaliación

En 1967, el entonces Presidente Lleras Restrepo visitó la Facultad de Veterinaria y se hizo acompañar por uno de los Rockefeller. La provocación era tan manifiesta que la reacción estudiantil no se hizo esperar: a los silbidos e imprecaciones pronto sucedieron las pedradas, y el primer magistrado de la nación vio cómo su frente comenzaba a sangrar, aunque parece ser, como se dijo después, que el proyectil no fue una piedra sino un tomate. La cuestión es que el Presidente y su aterrado huésped huyeron de la Universidad, aunque su reacción no tardó en manifestarse. Una hora más tarde varios helicópteros sobrevolaron el **campus** en ejercicio de una evidente composición de lugar, e incluso, como nos lo recordó más tarde **Apocalipsis Now**, no faltó quien afirmara que en el cielo de la Universidad Nacional se escuchó la **Cabalgata de las Walkirias**. Poco después, un destacamento de tanques violó implacablemente el Alma Mater, neutralizándola en sus puntos más sensibles: la calle veintiséis, la carrera treinta y las cercanías de Gorgona. Simultáneamente, nuevos helicópteros trasladaban contingentes de soldados de élite, con uniformes de **camouflage** y la cara tiznada y fuertemente armados: camiones y jeeps complementaron la rápida operación y en cuestión de quince minutos toda la ciudad había sido tomada, salvo el indómito trecho existente entre las facultades de Derecho y Arquitectura, desde donde algunos improvisados altoparlantes denunciaban la táctica de cordón con que los Altos Mandos querían estrangular la línea de defensa de los estudiantes. Alrededor de las siete de la noche, en medio de una oscuridad sólo comparable a la de la participación de nuestro país en la guerra de Corea, los soldados cumplieron su objetivo y se apoderaron por completo de la Universidad.

Casi diez mil estudiantes fueron detenidos y llevados a diversos campos de concentración, y de tan masiva captura no se salvó nadie, ni celadores ni conserjes ni decanos ni el loco Agudelo ni el doctor Goyeneche, e incluso cayó un imaginativo líder de la revuelta que, llevado por el temor de ser torturado si caía vivo en manos del enemigo, se disfrazó de bailaora de flamenco en El Castillo de los Monstruos, que era como llamaban a las residencias femeninas, y a donde había ido a buscar asilo.

Pero la ira del Presidente no se calmó del todo, ya que al día siguiente, con la Universidad ocupada, las clases prosiguieron en los potreros aledaños y en las casas de algunos profesores. Marta Traba, entonces directora de la oficina de Extensión Cultural, comentó que la Universidad en nada se diferenciaba del Sinaí, que por esos días había caído en manos de las tropas judías. Claro está que una cosa era Moshe Dayán y otra el Presidente Lleras, pero éste se dio por aludido y en cuestión de minutos hizo algo increíble: redactó un decreto mediante el cual expulsaba de Colombia a Marta Traba, por indeseable. El mundo jurídico se conmovió, como siempre, e incluso se invocaron razones constitucionales de peso, los acuerdos de Ginebra y las leyes de la hospitalidad, pero nada. Aunque Marta Traba era argentina, era también madre de hijos colombianos y, además, la mujer de Alberto Zalamea, lo que convertía el decreto de expulsión en una aberración contra natura. Recuerdo que el doctor Jorge Enrique Gutiérrez Anzola, que ese mismo año era nuestro profesor de Derecho Penal, asumió la defensa de Marta Traba, y hasta el padre García Herreros intervino y gracias al ejercicio de cierto sacramento solucionó el **impasse**. Algunos años después, en Barcelona, Marta Traba y yo nos desternillábamos de risa al recordar la aventura jurídica del quisquilloso Presidente, sobre el cual se hicieron a partir de entonces infinidad de chistes.

¿Pero a qué obedecía la inquina de Lleras Restrepo contra la Universidad? El incidente con Rockefeller fue desmesurado e irrespetuoso, es cierto, pero nunca dio pie para justificar una retaliación como la que emprendió el mandatario. La verdadera razón hay que buscarla en noviembre de 1964, cuando Lleras fue postulado a la Presidencia con tanta anticipación que la oposición decidió llamarlo El Prematuro. Una de sus primeras intervenciones fue programada en el Aula Máxima de Derecho y a las seis de la tarde decidió dar comienzo al mitin, pero una rechifla unánime de los estudiantes se lo impidió. Intentó hacer gala de sangre fría pero esas cosas no se improvisan, así que el decano, Abel Naranjo Villegas, al intuir el peligroso desenlace decidió trasladar al frustrado orador a la oficina de la decanatura, en el segundo piso del edificio. Los ánimos de los estudiantes se encrespaban

cada vez más y todos corrieron a refugiarse en sus cuartos y por momentos parecía que iba a ceder bajo la fuerza persecutoria. Pero entonces cuando Lleras le dijo en su espalda, que se llamaba Rojitas, que lo presurara con pistola pues estaba dispuesto a venderle su vida. El decano ya se las había tirado para llamar al Palacio de San Carlos y pedirle al Presidente Valencia le enviara inmediatamente soldados para rescatar al candidato. Y aquí vino lo extraordinario: el día siguiente no podía ir porque ningún militar había pisado más los pies en la Universidad y a los pocos días los soldados se extraviaban en la noche y eran objeto de alguna bocharrona en la noche por parte de los estudiantes. El Presidente Valencia —preocupado más por los rumores del golpe que le preparaba el general Rojas y la huelga de fotógrafos que se necesitaba retratarlo— debatió el asunto y al fin llegó la solución en la persona del ministro de Educación, que era el escritor Pedro Gómez Valderrama, y que, como abogado tenía una ligera idea de dónde quedaba la facultad de Derecho. El ministro encabezó el pelotón de rescate y casi tres horas después, tal como fue recreado en *El toque de Diana*, llegó a la facultad, se abrió paso y rescató al candidato, que sudaba hielo y mascullaba frases ininteligibles. Después, como todos saben, fue la débâcle.

La Universidad ya no volvió a ser la misma y buena prueba de ello es la sórdida situación por la que atravesó en la década de los años setenta, cuando incluso estuvo a punto de desaparecer para siempre. ¿Qué se había perdido? No la impunidad, como dicen algunos de sus detractores, por lo general militares y conservadores de la peor laya, sino su dignidad más auténtica, la historia de sus conquistas. Tras las victoriosas jornadas de mayo de 1957, todo era homenaje y fasto para los estudiantes, y así lo constató con orgullo Fernando Valencia Goelkel desde las páginas de la memorable revista *Mito*: "Los estudiantes han transformado un régimen; debemos hacer todos los esfuerzos para que, en un futuro cercano, estén en capacidad de transformar también al país". Pero el cuatrenio depredador y humillante de Lleras —eufemísticamente denominado La transformación en marcha— liquidó con un arrebatado de soberbia los logros alcanzados: arrasó la Federación Universitaria Nacional y todos los orga-

nismos que representaban la democracia, pero no se dio cuenta de que el resultado del camuflaje era una Universidad que tenía la capacidad de transformar a su vez a todos los que se le acercaban. Como decía el poeta de la política, "el profesor con su paternalismo único, trajo un concepto a la conciencia del país aunque el tiro se dio por la cabeza" y patentó la frase "Estad todos aquí transformando a Colombia" pero los estudiantes se la cambiaron por "Estad todos aquí transformando a Marx transformando a Colombia".

### La ira metódica

Nos habíamos hecho insurgentes sin calibrar exactamente el objeto de nuestra ira y de ahí que buena parte de mi generación hubiera terminado siendo víctima de su propia utopía. Cuando regresé al país, después de casi quince años de interrumpida permanencia en Europa, pregunté por buena parte de mis amigos y compañeros y la respuesta fue una necrológica colectiva: muchos murieron a manos del ejército, otros en purgas ideológicas promovidas por sus propios compañeros de causa, algunos por el suicidio lógico a que lleva la decepción y el desencanto, mientras que la mayor parte engrosaba la apacible tropa de la burocracia. Con mis profesores ocurrió algo peor: la masacre del Palacio de Justicia los inmoló en suerte similar a la de muchos de sus antiguos alumnos. Y he de evocar aquí un caso extraordinario: pocas semanas después de mi regreso, el sociólogo Gabriel Restrepo fue abordado por un compañero a quien hacía años no veía y que, afectado por la nostalgia, le contó algunas aventuras inéditas y semiolvidadas de la época universitariana. Me recordó, por ejemplo, que en el caso de un estudiante universitario de entre una de las pocas que tenían expectativa de ser *Los Justos* de Camilo, uno de los autores principales, Manuel Fuentes, se había suicidado y de esta forma *Los Justos* comenzaba a cobrar una cuota fatídica. En cualquier caso, lo que todos habíamos olvidado era que Stepan Fedorov, uno de los personajes más irreconciliables de la obra, casado con un frenesí revolucionario que iba más allá de la compasión o la debilidad, había desperdiciado en Álvaro Fajad un entusiasmo rayano en la identificación plena. Cuando Res-

trepo me contó esta historia y yo pude entender que cruzar los dedos, pues en un momento acordé algo que a mí también me involucraba. En la época de la representación de *Los Justos* no sólo estaba ya obsesionado por escribir teatro al punto de que mi primera obra —escrita durante las jornadas de Mayo del 68 y significativa como titulada *Scorpion*— fue leída por Xepa y el maestro, en La Mama, y por Joel Hierro, director de *Los Justos*—, sino que, además, era yo sabiendo todo acerca de Camus y cómo era amado por su estilo, por su habilidad en las diversas formas de rebelión, también por el hecho de que ambos estudiantes nacidos un siete de noviembre en Argelia, en mi entusiasmo por Camus que el día Armando Colón, en el momento de un momento estudiantil, me dijo que él iba a leer las palabras de presentación de la obra y que yo que yo conocer mi opinión acerca de la obra y sobre todo, acerca de la ideología de la obra.

En cuanto en plena juventud en enero de 1964 y cuando yo me sentí un poco de la débil fue tal vez el escrito más consultado y leído entre los jóvenes y sus teorías sobre la vida y la rebelión, explica muy bien los sentimientos de Mayo de Roland Barthes. En ese espíritu se sienten las ganas de las jornadas del 68, advierten en el estado cero de la escritura acerca del mundo del diccionario de las escrituras neutrales que forma muy esencial de la escritura blanca de Camus, ejemplo del último episodio de la Pasión de la escritura que sigue pasaje por el desgarramiento de la conciencia y la escritura. En esa Pasión que la escritura de la escritura también —y esto es lo importante— una "moral del lenguaje". Las palabras, pues, no son asépticas o indiferentes y como decía Sartre, "están en situación", frase que entre nosotros capitalizó Jorge Gaitán Durán y bajo cuya advocación inició la aventura espiritual de *Mito*, revista fundamental que rescatamos para nuestra formación en los años sesenta. Camus, sin embargo, hace de esa Pasión un escenario en el que se debaten sus ideas, forzosamente sugestivas para una generación que había nacido tras la Guerra y que, con toda razón, se negaba a creer en gente que tuviera más de treinta años de edad. En la terminología de Camus quienes compulsivamente optan por el Poder lo hacen a costa de la Verdad, y de esa

espiritual elección surge la Peste y también, para citar uno de sus títulos y una situación que en nuestro país resulta endémica, consagra El Estado de Sitio. Observamos de esta forma a personajes como el doctor Roux, de la novela *La Peste*, que más que un médico es "un hombre que se hace epidemia" o al patético juez-penitente Jean Baptiste Clamence, en *La Caída*. Para todos nosotros, la mejor simbiosis de esos dos personajes aureolados con la lógica de Calígula fue la de quien, a nombre de la justicia distributiva, la ley del Talión y un curioso sentido del orden humilló y destrozó la Universidad sólo para lavar la imagen del bochornoso episodio vivido una noche de noviembre de 1964. Al encarnar la Peste, y tal vez sin proponérselo, este nuevo Ubu Rey golpeaba sin piedad a quienes sólo contaban con la imaginación y el sueño de vivir un mundo sin gendarmes, celdas ni represalias.

Contra la Peste se levantan *Los Justos*, pues como dice la fascinante Dora Dulevov, "es mucho más fácil morir por la contradicción que vivirla". Ya no es posible la pasividad y eso es lo que la pieza de Camus expresó sin reservas y lo que todos los actores y espectadores de la misma vivimos a plenitud, en sintonía con expectativas que se abrían tras la masacre de Tlatelolco, la metódica represión contra los adalides de Mayo del 68 o la liquidación implacable de la Primavera de Praga. La protesta cundió y las víctimas se multiplicaron, pues la Peste no perdona: en el corazón mismo del Imperio, el Poder Negro se levanta con orgullo pero las balas liquidan a Martín Luther King. Stokely Carmichael cita con amor a Camus en sus proclamas pero también lo hace LeRoi Jones: *Los Justos* se multiplican más allá de las razas e ideologías, más allá de las geografías y las lenguas. Y cuando todos creíamos que por fin íbamos a vivir el sueño, la Peste barrió con su aliento neñando cualquier posibilidad de decencia, despertó a las ratas y, como en las postreras páginas de la fábula de Camus, las envió a morir a la alegre ciudad de la Utopía.

Durante varias horas conversé con Correa de todo esto y lo patético del asunto es que, a mi regreso, uno de los nombres que eché de menos fue el suyo y la respuesta no pudo ser más escueta: Correa también murió en el frente guerrillero. De alguna forma, las muertes de

Puentes —¿víctima del “suicidio lógico” tan caro a Camus?— y las de Correa y Fayad, que creían en la vía revolucionaria y a quienes había apreciado en nuestra común época estudiantil, me impresionaron profundamente, sobre todo al comprobar un hecho curioso: de la mayor parte de quienes tuvimos que ver con la obra, por actuación o mera referencia, sólo mi participación libresca, a manera de comentador o consueta, sobrevivió: una forma cruel de ratificar el papel de la escritura como guión de la tragedia ajena. Y para que el azar sea completo y el símbolo alcance todo su significado, debo confesar que apenas dos semanas después de la revelación, en una fiesta que por momentos me hizo pensar en la que mueve los hilos de **Juego de damas**, me encontré con María Isabel Hernández —hermana de la actriz Vicky Hernández, también presente y quien acababa de regresar de un exilio ominoso— y mi sorpresa no pudo ser mayor: María Isabel interpretó en **Los Justos** el más entrañable y hermoso de los personajes, el de Dora Dulevov, la muchacha que sacrifica su amor por Kaliayev a nombre de una revolución en la que los sentimientos poco cuentan frente a los imperativos de la Historia.

### El pudor de lo contemporáneo

Los años proseguían su rosario de frustraciones y una que otra satisfacción, como si la juventud no fuera más que esa arcilla delicada en la que el tiempo iba dejando sus huellas. Por eso, cuando mayo del 68 nos atrapó en su mística rebelde, ya de alguna forma estábamos condenados a vivir para siempre unidos al estigma de la decepción y la duda. Estuvimos al margen del optimismo porque nuestra época fue miserable hasta en lo cotidiano: creíamos inocentemente en la utopía y a partir del 68 ésta fue imposible. Quedaba un ritual heteróclito de canciones, lemas, **graffitis**, el mundo de los desheredados de toda esperanza y, sobre todo, la tímida fe en las leyes de la tribu. De ahí el auge de las comunas y la necesidad de abrigar las expectativas en el calor colectivo, en la multiplicación del afecto, en la solidaridad de los tráfugas del orden burgués. Fue entonces cuando descubrí que la promiscuidad es democrática.

Quedaban, es cierto, las experiencias y las lecturas que fundaron nuestra sensibilidad y que luego le dieron cauce a sueños desvirtuados o consagrados por la escritura. En lo que a mí respecta, la Universidad dividió mi vida en dos: cuestionó mi optimismo porque el ecumenismo implícito en la propia Universidad me hizo conocer un país que ni siquiera imaginaba: compañeros de las regiones más distantes, con sus problemas y reservas, me probaron lo que nadie se había atrevido a confesar públicamente. Los cinco años que conviví con el país en las aulas cambiaron mi vida y desde entonces fui incapaz de creerle a ningún político. Mayo del 68 ratificó en dimensiones diversas este hecho: podíamos creer en todo, menos en la inocencia. No había Justos, como en la obra de Camus tal vez porque, como ocurría en la misma, no había lugar para el llanto o la duda de los supervivientes. Los tanques y la soberbia del presidente nos pusieron sobre aviso pero también la mentecatez de ideólogos de poco alcance, entonces entronizados como la conciencia rectora de toda una generación. La literatura reemplazó o complementó una vez más lo que la realidad no hizo sino sugerirnos: por eso, cuando yo elegí la literatura contra el Derecho, elegí una patria diferente de aquella que tradicionalmente inspiró códigos amañados e indigestos, leyes que consagraban para sus astutos intérpretes la cuota del león de toda rapiña; mi patria fue la del libro, que leí con la bondad con que la Universidad me abrió sus bibliotecas. Por eso, cuando en plena euforia del 68 la revista **Eco** publicó mi primer trabajo literario, algo debí prever para que el título de ese texto inicial fuera casi premonitorio: **Lautréamont, un prolegómeno de la rebelión**: es decir, un escritor marginal e irreconciliable y un acto de protesta total. Coincidentalmente, fue en la implacable actitud de esos años en la que Angel Rama se inspiró para elaborar su antología de novelistas posteriores al **Boom** y a la que, de manera significativa, bautizó con el título de “Los contestatarios del Poder”, apoyado en el hecho de que todos los escritores que en tal antología figuramos nacimos a la literatura en esos años de revuelta y utopía. Mi escritura quiso ser desde entonces la constatación de una ética: la de la transgresión, y sólo a ella cabe atribuir su consistencia o sus debilidades. En las aulas, en los pasillos, en los predios y recintos universitarios se gestó la prosa insur-

gente a la que he querido dedicar todos mis esfuerzos. Una prosa refractaria a la prosa asiática de políticos y demagogos, una prosa en pie contra los estereotipos de quienes aún hoy insisten en las nuevas fronteras.

Sin embargo, durante todos esos años hubo, felizmente, algo más que tácticas de ofensiva y contraofensiva: pudimos escuchar a Pablo Neruda en la Concha Acústica y a Evgueni Evtushenko en el Aula Máxima, asistíamos atentos a las conferencias de Juan García Ponce y Angel Rama, confrontamos el teatro de Fernando Arrabal con el de Eugenio Ionesco, vimos la irrupción de Witold Gombrowicz y la entronización escénica de Bertold Brecht. Y si el *Marat-Sade* de Peter Weiss nos impresionó —su leit-motiv “No puede haber revolución sin una general copulación” le daba a la Historia un sentido gozoso, acorde con los tiempos que corrían—, *Los cuernos de don Friolera* hizo que asumiéramos una óptica menos suficiente y perdonavidas frente a Valle-Inclán y otros autores españoles. En cine, todos hablábamos de *Julieta de los espíritus* y *El sirviente*, aunque en el fondo, y desde lo más profundo de nuestras prevenciones, todos vivíamos el morbo galopante que las intimidades universitarias desplegaban en *¿Quién le teme a Virginia Woolf?* El decenio se había iniciado con *West Side Story* y de alguna forma lo había clausurado, con anticipada lucidez, *Blow Up*. En ambas películas los jóvenes asumían dos formas extremas de rebeldía: en la primera, so pretexto de una narración rockactualizada de la tragedia de Romeo y Julieta, la violencia generacional, marginada, se abre paso; en la segunda, la juventud cruza la anécdota, en medio de carnavales, conciertos y desinhibidas entregas individuales, al extremo de que el pragmático protagonista se involucra en un ficticio partido de tenis. Contra el crimen que accidentalmente descubre, también él, como los mimos, participa en la fingida realidad en la que los jóvenes, sin palabras ni compulsiones, encuentran su felicidad. La oferta cultural era extraordinaria y de alguna forma tal manifestación de sugerencias estéticas y espirituales sirvió de complemento a otras inquietudes que, ya tradicionalmente, cobraron forma en las rabiosas semanas de mayo, cuando lo que alguna vez llamé *Cactus* —Comité de Acción Cabeza de Turco, Unidades Socialistas— quiso prota-

gonizar una versión local del dictum de la época, o sea llevar “la imaginación al Poder”. Y si la cultura nos permitía escuchar los más brillantes conciertos bajo la batuta de Olaf Roots en el teatro Colón o los montajes de Carlos Duplat, Santiago García, Joel Otero, Carlos Perozzo, Alberto Castilla o Dina Moscovici, había también lugar para una cultura marginal, que confluía sin cita previa en los predios del Jardín de Freud.

Alucinados por el escándalo de los Nadaístas, los Mefíticos era un grupo desguarabado y cochambroso que quería hacerle honor a su nombre y la verdad es que lo conseguían sin esfuerzo alguno. Los acólitos del Nadaísmo-mefitismo hacían de las suyas, tremendistas y descrestadores pero en el fondo inofensivos, aunque, eso sí, enemigos aciagos del Grupo Paréntesis, que desde Filosofía regentaba un pastuso y cuya mayor victoria fue coronar en público a Fanny Buitrago, por aquel entonces la niña terrible del nadaísmo en prosa. Sin embargo, no estaban muy lejos los tiempos del Barón von Lumpen y de una recua de tipos que, irredimiblemente borrachos o “trabados”, circunvalaban la ciudad universitaria apiñados sobre una zorra. Para quienes optábamos por la literatura, los nuestros eran tiempos en los que era fácil encontrarnos en el campus con Oscar Collazos, Luis Fayad o Juan Gustavo Cobo Borda, quienes desertaron de las aulas en los primeros años, o partir con Policarpo Varón, Ricardo Cano Gaviria, Umberto Valverde, Eligio García Márquez o Jorge Valderrama Restrepo o, sencillamente, hacer de *Sanchito* un pretexto para que el grupo de la Universidad ventilara sus afanes culturales, pues a diario nos tropezábamos en aulas y pasillos con Gonzalo Sánchez —que primero estudió Derecho, luego se hizo filósofo y más tarde historiador, en la línea de los “violentólogos”—, Roberto Burgos Cantor, Gabriel Restrepo, Francisco Sánchez Jiménez y quien esto evoca. Para quienes optamos por la literatura también la época nos ofreció un hallazgo deslumbrante: el auge y consolidación del llamado *Boom* de la narrativa latinoamericana en el mundo. Nunca la Universidad respondió tanto a su sentido de universalidad como en aquella década y aunque la fealdad comenzaba a abrirse paso nada impidió que a nosotros nos correspondiera la extraña fortuna de vivir, gozar y llorar —en ese orden— la última

semana universitaria digna de tal nombre. Me agrada recordar aquí que la reina de belleza de esas jornadas fue compañera mía durante los cinco años de carrera, unidos por la común M del apellido, y que derrotó con lujo de atributos a las demás candidatas en una lid que resultó harto difícil. En el desfile tinal iba vestida de romana, tal vez en atención a las lecciones del doctor Leo Prankl, que no cesaba de bizquear mientras hablaba de Pandectas, Institutas, Digestos y todas las cosas buenas y malas que hizo Justiniano. Nuestra hermosa compañera, en su carroza, deslumbraba no sólo a los veintemil estudiantes de la época sino a toda la boquiabierta ciudad de Bogotá, que abarrotaba las calles para ver a esa bella morena vestida de Popea o Mesalina. Y causó estragos. Un estudiante, más deslumbrado que los otros —lo cual es mucho decir— se cayó de una de las carrozas y murió arrollado en el acto. Ahí terminó todo: el carnaval se volvió velorio, como la Universidad en manos del Transformador, y la alegría cedió su lugar al llanto.

Pero si la época estaba en sintonía con la lucidez y el goce, también lo estaban algunos profesores, quienes actuaron como inmejorables mentores de la tolerancia y el espíritu libre. No puedo olvidar la sabia aquiescencia de Abel Naranjo Villegas, el mejor decano que uno podía tener, y quien prefería hablar de James Joyce o Franz Kafka antes que de los vericuetos más intrincados de la filosofía del Derecho. Tampoco cabe ignorar la profundidad magistral de Arturo Valencia Zea o la persistencia de Miguel Betancurt, quien insistía en inculcarnos una norma que se resumía en la frase: "El jurista siempre va más allá", o el amable desparpajo, cómplice por la edad, de Marco Antonio Fonseca Truque, fundador del primer bar de abogados de este país, o la ronca seriedad de Eduardo Umaña Luna, cuyo hijo era condiscípulo nuestro. Y, en fin, el inolvidable Didacio Alvarez, quien hizo de la ironía una mística y de la duda bien administrada un magisterio. Fue él quien un día me sugirió vivir la irresponsabilidad como un desafío, es decir, vivir a fondo los impulsos de nuestros años y, en el caso de sobrevivir, hacer de la responsabilidad un destino. Tampoco cabe olvidar a Jesús Arango, tal vez el primero en enseñarnos a ver el Derecho no como un fin en sí sino como una perspectiva,

una vía hacia otras metas. Obviamente, abundaban más esos profesores que nos imponían su solemnidad como una forma de terrorismo y que con su mera presencia, las aulas quedaban impregnadas del estúpido ascetismo del café. Por todo ello, no me extraña que cada vez que los estudiantes hacían una bomba al único a quien le avisaban para que se pusiera a salvo era a Didacio, que desde la sombrita y muerto de risa veía cómo los automóviles de sus colegas más retardatarios saltaban hechos añicos. No faltaba tampoco, a nombre de la más regocijante autocritica, el profesor que se definía en términos tan explícitos como divertidos: "Soy un godo irredimible, de misa y comunión diaria, más reaccionario que Laureano, anticomunista furibundo pero, eso sí, en cosas de trago y mujeres, soy más corrompido que los romanos..."

Y a todas éstas, ¿cómo satisfacíamos nuestra sed de lectura cuando la Biblioteca Central o las bibliotecas de facultad no podían ayudarnos, a causa de su proverbial desactualización y de su pauperismo? Un grupo de adictos formamos un equipo muy bien adiestrado y una vez a la semana decidimos jugaros la vida por amor al arte: organizamos lo que llamamos Mares del Librero y creo que no hubo una sola librería de Bogotá y sus alrededores que escapara de nuestra fiebre literaria. Para expropiar el tan ansiado producto elaboramos técnicas diversas, desde el simple raponazo o el bien planeado decomiso al por mayor, hasta el saqueo furtivo o la seducción de la encargada de la librería. No faltaban ingeniosos artilugios, como la cuna de un bebé con problemas gástricos o lo que llamamos el Arma Secreta del Vietcong, que consistía en un enorme libro de Derecho, con las páginas ahuecadas y dentro de las cuales se camuflaba lo expropiado, fiel al refrán según el cual el libro grande se traga al libro chico. Sin embargo, yo, que siempre creí en los clásicos, recordé que en *La edad de la razón*, el primer tomo de *Los caminos de la libertad*, Sartre daba taxativas instrucciones para actuar: había que contar del uno al diez pero al llegar al cinco uno debía guardarse el libro, instrucciones que seguí, por supuesto, al punto de que así conseguí los otros dos volúmenes de la trilogía. Además, sabía que en el caso de ser sorprendido tenía una coartada: ¿cómo se atrevían a publicar libros que le enseñaban a la juventud a nacio-

realizar bibliotecas enteras? Estaba visto que ni siquiera contra la violación de sus leyes el Derecho me abandonaba.

### La evanescente memoria del fracaso

Sea como sea. Los Justos, con todo lo que de discutible y comparable tenga su ideología, define muy bien a mi generación: en el fondo sustentábamos nuestra insurgencia en una idea, que algunos llevaron con honestidad hasta sus últimas consecuencias y otros afianzábamos en la sobriedad de una escritura, distanciada pero no menos rebelde o divorciada de los hechos. Por todo ello, no deja de ser cruel descubrir por casualidad, veinte años después, el *puzzle* doloroso del que sin saberlo muchos formamos parte. De Alvaro Fayad, por ejemplo, recuerdo una agitada mesa redonda en la que participamos, él, Cobo Borda y yo, y que fue moderada por Santiago Aristizábal. Cobo Borda y yo, que estábamos a la izquierda pero, como pedía un poeta, "no más a la izquierda que el corazón" —un proverbio chino escrito en la Sorbona nos advertía: "La inteligencia camina más que el corazón pero no va tan lejos"—, nos vimos en apuros para salir de un aula enfurecida porque no acatábamos las conclusiones del Foro de Yenán, un congreso chino realizado cuando nadie en la Universidad había nacido siquiera. Y fue Fayad quien puso orden en la sala y nos ayudó a salir incólumes de semejante relajó. Eran tiempos difíciles y la Revolución Cultural —otro de los fenómenos de la década— hacía de las suyas: los jóvenes guardias rojos de Bogotá quemaban sus discos de Bach y Beethoven y las obras de Dante y Dostoiéwskí, considerados lujos reaccionarios, y sacrificaban la hermosa melena que se ponía de moda y en ciertos momentos de color azul y devoraban a blancas las manuales y folletos que profusamente llegaban del país del Gran Timonel. Hubo quien decidió casarse por amor chino pero, no conforme con la religión, el Estado ni el amancebamiento del pequeño-burgués que algunos profesábamos, decidió protocolizar su unión en una especie de misa laica ante la foto de Mao, el sol rojo que iluminaba el corazón de los contrayentes. Tiempos raros y difíciles, la verdad sea dicha. Después vino el estupor: la línea de la Revolución Cultural no era la correcta y toda la

culpa era de la Banda de los Cuatro, también conocida como la Maffia de Shanghai. Nosotros, apóstatas o renuentes, descarriados de tan noble causa, leíamos a Vladimir Nabokov, a Robert Musil o a Jorge Luis Borges. Las palabras y las cosas o la plana mayor del *Nouveau Roman*, escuchábamos en el Colón el piano de Malkucinski o veíamos en La Mama a Tom Paine, comentábamos *El año pasado en Marienbad* o *Belle de jour* y nos dedicábamos a muchas otras cosas decadentes. Estaba visto que con tanta perdición a nuestra generación se la llevaba el diablo pero entonces descubrimos que así como se hablaba de una erótica del Poder también había una obscenidad del Poder, y todos, al poner los ojos en la masacrada Universidad, sabíamos qué prohombre nacional se hizo obsceno para que se cumplieran las Escrituras. La calle sesenta se puso de moda en curiosa sintonía con la década y ese fue el tiempo en que los grupos ideológicos enfrentados multiplicaban sus rencillas mientras el auténtico enemigo ganaba posiciones, contra nuestra generación y los sueños que animaban nuestros pasos, contra la utopía y la vida, contra la intransferible libertad de ser jóvenes. ¿Por qué —y aquí cabe contradecir la frase de Nizan— tener veinte años no podía ser la edad más hermosa de la vida? ¿No es preferible aceptar nuestros gozosos extravíos de juventud que escupir sobre las tumbas de quienes asesinaron nuestros ideales? En cualquier caso, la única frase que no carece de razón es la que Signoret nos prestó como pórtico de estas páginas pues lo cierto es que "La nostalgia ya no es lo que era..."